

14 de marzo: se para el reloj, se para el tiempo.

El 14 de marzo marcará un antes y un después en la historia de nuestro país y quedará para siempre como el día que cambió el rumbo de nuestras vidas. Para muchos se paró el tiempo y para otros se apagó la vida para siempre. Una pandemia mundial había entrado en nuestra sociedad para quedarse demasiado tiempo. Al principio pensábamos que sería cuestión de días, semanas o quizás meses pero conforme pasaba el tiempo nos dimos cuenta que aquello no era una broma sino la cruda realidad. Pronto empezamos a entender que las cifras no sólo eran números, eran miles de vidas tras cada uno de ellos y que además había una lucha por la supervivencia. Las calles se quedaron vacías, las casas se llenaron de vida, la naturaleza se hizo dueña de lo que durante años habíamos conquistado los humanos. Todo cambió aquel día, apareció una nueva compañera de viaje, la mascarilla...sin darnos cuenta había borrado la sonrisa de nuestros vecinos, de nuestros amigos...nos convertíamos en una especie humana sin precedentes, o quizás sí; en definitiva, nos estábamos convirtiendo en seres mecanizados fuera de casa y humanizados dentro de ella.

De un día para otro estábamos viviendo un cambio social a gran escala... de repente cambiamos nuestra manera de relacionarnos con los demás, de comunicarnos, de comportarnos, de comprar, de trabajar, de estudiar...las nuevas tecnologías se convertían en nuestras ventanas al exterior. Un fenómeno social se arraigaba con mucha fuerza en la sociedad. A través de las redes sociales cada uno mostraba a los demás sus habilidades más destacadas y otros adquirían unas nuevas.

Al mismo tiempo dentro de mi vientre crecían dos almas gemelas ajenas a todo lo que en aquel momento sucedía en el mundo. Mil veces he pensado cómo iba a explicarles a estos bebés indefensos todos los acontecimientos vividos el año de su nacimiento. Jamás hubiera pensado que el embarazo se iba a convertir en una vivencia de vivencias y que iba a aprender más cosas de las que nunca podía imaginar. Aprendería a cuidarme a mí misma, a proteger y a querer a mis hijos más que a nada en el mundo además de valorar la familia por encima de todas las cosas. Mientras dos vidas crecían dentro de mi vientre miles de vidas se perdían cada minuto en el mundo y esto es difícil de asimilar. Yo sabía que ellos estaban protegidos, el vientre materno es la mayor coraza que podían tener en la lucha contra el virus, pero este virus es diferente aún más desconocido y esto me desconcertaba en cierto modo. Sabía que mientras ellos estuvieran unidos a mí yo podía cuidarlos y protegerlos pero en el momento que nacieran un halo de

incertidumbre inundaría mis pensamientos y no podría asegurarles la inmunidad que puede dar una madre.

Así que me atrincheré en mi castillo junto a mi marido y a la princesita de la casa saliendo sólo en contadas ocasiones para ir a las revisiones médicas. La verdad que no me había dado cuenta de mi fortaleza hasta que por suerte o por desgracia tuve que vivir situaciones límite. Cada día que salía de casa era como si me fuera a la luna sin saber si volvería sana y salva. Toda protección era poca o por lo menos a mí me lo parecía y veía a los demás viandantes como portadores de un virus muy dañino. Quizás mis pensamientos excedían la realidad pero las hormonas así me hacían ver todo, supongo. Era como si de una obra de teatro se tratara, como si estuviera soñando y una pesadilla inundara mi mente, todo era surrealista.....de repente todo se convirtió en un mundo diferente. Desaparecieron los besos y los abrazos y nos convertimos en seres distantes...donde antes había alegría ahora hay silencio, donde antes había gente ahora hay vacío, donde antes había libertad ahora no existe como tal. Estamos apresados por un virus invisible y silencioso que amenaza a cada uno de nosotros. Basta con pararnos a pensar un minuto las miles de cosas que hacíamos antes del 14 de marzo y que a partir de este día no podemos hacer. De un día para otro comenzamos a vivir una vida diferente jamás imaginada por nadie de los que hoy estamos aquí.

Mi embarazo era de riesgo y seguía adelante con normalidad dentro de las posibilidades. De forma progresiva empecé a notar molestias en las extremidades inferiores hasta que un día la movilidad de mis piernas se vió seriamente afectada, ya no podía andar. La impotencia me perseguía en cada movimiento, mi cabeza daba órdenes contradictorias a mi cuerpo que a su vez éste no podía responder...todo se complicaba con el peso de mi barriga...Inmediatamente tomé empatía con aquellas personas que cada día luchan por vivir en una sociedad que no está preparada para convivir con personas de movilidad reducida. Yo no sabía cómo manejar la herramienta que me permitía moverme dentro y fuera de casa, pero aprendí...como también aprendí a solidarizarme con cada una de las personas que lucha cada día por encontrar su hueco dentro de una sociedad aún no muy preparada en esta materia. El hecho de intentar salir de casa y no encontrar una triste rampa para poder bajar mi silla de ruedas o necesitar ayuda en ciertos momentos de apuros y no encontrar a nadie que se ofrezca a echar una mano...fue así cómo aprendí. Aunque pensemos que se ha avanzado en materia de dependencia aún queda mucho por hacer, un ejemplo es la atención médica a pacientes dependientes y más aún en tiempos de pandemia... pero esto es un tema para tratar en otro capítulo.

También tengo que reconocer que la mayoría de los profesionales, y digo la mayoría, me trataron de manera extraordinaria, gracias a ellos pude sobrellevar la situación de la mejor manera posible.

Y por fin llegó el gran día, mis hijos nacieron en un mundo lleno de restricciones, hasta tal punto que cuando llegamos a la habitación del hospital tuve que presentárselos a mi marido. No había podido acompañarme ni siquiera a las ecografías, aún menos al parto. Como anécdota tengo que contar que yo les había cambiado los nombres al nacer, menuda situación, menos mal que pudimos solucionarlo. A pesar de todo eramos tan felices que las 48 horas de encierro hospitalario se hicieron cortas. Ahora tocaba salir de allí y disfrutar todos juntos en la burbuja de nuestro hogar.....

Yo seguía pensando la manera de explicarles que el escenario dónde habían nacido nada tenía nada que ver con el escenario previo al 14 de marzo. Hacía tan sólo unos meses podíamos salir de paseo, ir al teatro, hacer la compra, tomar algo con los amigos, viajar y salir a divertirnos. Ahora nada más me importa que la felicidad del hogar en familia, cuando llegue el momento espero que todo haya pasado y hayamos superado esta terrible experiencia.

Si alguien me pregunta qué significa para mí el día 14 de marzo mi respuesta es: un punto de inflexión en mi vida. Además añadiría que aunque he aprendido a vivir de una manera diferente, he podido disfrutar de mi familia y sobretodo de mis hijos más que nunca. El día a día con el trabajo y obligaciones resta muchas veces el poder disfrutar de las cosas que consideramos más importantes. He aprendido que todo es relativo, he aprendido muchas cosas nuevas y muy positivas.

Como conclusión debo decir que cuidarse en tiempos de pandemia ayuda a cuidar en cierto modo a los demás, amar en tiempos de pandemia es valorar y querer a las personas por encima de todo y eso es un gran paso para la humanidad.